Capítulo 12: Situaciones de Rehén

Antes de todos mis viajes, cuando alguien me preguntaba por mi peor cita, me costaba pensar en una. Yo era muy bueno saliendo con mujeres con las que tenía conexión, así que la mayoría de mis malas citas eran de las típicas. Hay dos historias que solía contar en mis citas.

La primera: nos conocimos en una aplicación de citas. Nuestra primera cita fue muy normal. En la cita, ella me contó que su papá era un gran jugador de póker, tanto que le regalaban habitaciones de hotel en Biloxi, Misisipi. Ten en cuenta que estábamos en Atlanta, y Biloxi queda a más de cinco horas en carro. Después de la cita, estábamos planeando la segunda.

Decidimos ir en el carro de ella a Biloxi y pasar el fin de semana allá. Sé lo que estás pensando: segunda cita, ¿y se van de fin de semana? ¿Eso no es de tercera cita? En esa época, no. Ahora, creo que sí. Yo vivo muy en el momento. La habíamos pasado bien. ¿Por qué no ir a la playa y jugar póker?

Yo también era un gran jugador de póker. Mis amigos de la universidad y yo pasábamos horas en eso cada semana. En Georgia, apostar no está permitido. Creo que por eso estaba tan ansioso por una segunda cita así. Visto en retrospectiva, debí haber abierto PokerStars (un sitio web de póker en línea).

Las cinco horas de viaje fueron tranquilas. No recuerdo nada raro. Llegamos al hotel y nos registramos. Después de acomodarnos, ella dijo que tenía una amiga cerca a la que iba a ver. Me pareció raro ir a ver a una amiga de inmediato, pero dije que estaba bien. Yo me quedaría por el hotel; solo avísame cuando termines.

Después de unas horas apostando, le escribí preguntando cuándo esperaba regresar. Sin respuesta. Pasó una hora, luego otra. Le mandé otro mensaje: “Si no piensas volver pronto, yo me voy a hacer lo mío”. Poco después, me escribió que seguía con su amiga y me preguntó si me molestaba que vinieran a pasar el rato conmigo.

En ese punto ya estaba medio molesto. Por esto es que no te vas de viaje con alguien en la segunda cita. Recuerdo pensar: carajo, estoy atrapado aquí. Si yo hubiera manejado, podría simplemente irme y volver a Atlanta cuando quisiera. Además, la habitación estaba a nombre de ella, así que tendría que conseguir otra. Decidí darle un poco más de tiempo. Acepté, a regañadientes, que la amiga se uniera.

Pasaron unas horas más. Para entonces ya era bastante tarde. Alrededor de las 10 u 11, ella y su amiga por fin regresaron al hotel. Yo estaba muy molesto. Había pasado todo el día apostando para matar el tiempo, esperando el plan de ella, y ni siquiera había cenado bien. Ella no reconoció

que básicamente había estado desaparecida todo el día.

Para colmo, ella y su amiga estaban borrachísimas. Yo estaba completamente sobrio y furioso. Pensé: qué descaro el de esta mujer. Intenté hacer conversación con ellas, pero fue bastante inútil. Lo que finalmente me sacó de quicio: ¿alguna vez has sido el mal tercio en una cita? Ese era yo en este momento. Ella estaba teniendo una conversación completa con su amiga y no me incluía para nada. No me interesaba de qué hablaban, pero me pareció extremadamente grosero.

Unos 20 minutos después de que empezara su conversación, las interrumpí. Dije que me iba y que las dos debían empacar sus cosas. Terminé llevando a la amiga a su casa también, porque soy buena gente así, y luego manejé con ella las cinco horas de vuelta a Atlanta. No me dijo una sola palabra en todo el trayecto. Las dejé a ella y a su carro en su casa y me fui a la mía. Nunca volvimos a hablar. Si pudiera hacerlo de nuevo, alquilaría mi propio carro, y luego o me iría a casa manejando o disfrutaría mi estadía.

La segunda mala cita fue mucho más corta, por suerte. Había salido con una chica que me interesaba mucho. No recuerdo dónde nos conocimos. No es importante. Quedé en recogerla en su casa y llevarla a cenar.

Cuando llegamos al restaurante, ella se inclinó para darme un beso. Me sorprendió, pero lo recibí con gusto. Besarse en la primera cita, antes de la cena, es extremadamente raro en Estados Unidos. Años después, aprendería que en Río es la norma. Me incliné yo también y nuestros labios se tocaron. Entonces ella puso la mano detrás de mi cabeza y me sostuvo ahí. Nuestros labios juntos, sin adónde ir. Para empeorar las cosas, sus labios estaban apretados y sin moverse. Sentí que me tenían de rehén durante nuestro primer beso. No pude disfrutar el resto de la cita, de lo traumatizado que quedé con ese beso.